

MIGUEL MARTINEZ MARQUEZ
UN OBISPO SIN SUERTE - Cuento que recibió
el Accésit Demetrio Cañizares 1997
de la Sociedad de Escritores y Periodistas de España

(El siguientes texto está protegido por el Derecho de Propiedad Intelectual.
Para su reproducción se debe requerir la autorización del autor. A tal efecto, dirigirse a la
dirección de correo electrónico contacto@sadecor.org)

UN OBISPO SIN SUERTE

Bajo el Patronato que ejercía la Corona de España sobre las colonias del nuevo mundo, había sido nominado Obispo en el Virreinato del Rio de la Plata, con una impresionante Diócesis que incluía varias próximas y alejadas de las que constituyen hoy provincias argentinas.

Benito había nacido en un escondido pueblito de las Alpujarras, en las estribaciones medias de la Sierra Morena, llamado Alcolea.

De niño debió ganarse el pan como lazarillo primero de un mendigo, y luego de un clérigo ambos tan miserables como faltos de vista.

Huyendo de la hambruna a que lo sometían y de los garrotazos que a veces esquivaba, y a veces nó, se “conchabó” en una fuerza expedicionaria de la que salvó el pellejo al desertar justo antes de una emboscada en la que aquella fuera diezmada.

Quizá por esto sintió su exaltación religiosa que tenía casi sepultada por su pesarosa experiencia con el impiadoso clérigo no vidente.

No recordaba demasiado aquellas experiencias pues siendo un niño de precaria envergadura física, sin embargo su vivacidad se fue transformando con coscorriones y penurias alimentarias, en una cierta

perversidad que lo indujo a tomarse algunos desquites cuya rememoración rehuía, tanto o más que el pensar en su retorno.

El Seminario de la doctoral Salamanca no debía “prestarle” nada que “natura” no le hubiese “dado”.

Canónico de una voluntad casi indomable, no demoraron demasiado las autoridades eclesiásticas para encontrarle destino en las Colonias a donde llegó como Obispo en el momento más convulsionado desde que el sol se pusiese por muchos lugares del otrora legendario e interminable Imperio de Carlos V.

De férrea voluntad se largó a recorrer la diócesis asignada con más energía y convencimiento que tacto, y con más intransigencia y dureza que piadosa compasión.

Su carácter confrontativo y pertinaz y su incontrolable iracundia, lo malquistaron, primero, con su cleresía y después con los acólitos de su filigresía.

Sabedor de ciertas cuitas y malicias, no probaba bocado sin que antes lo hiciera su sacristán y escudero, porque habiendo más de una vez, preparado guisotes para sus malvados patrocinadores no videntes, cambiando fideos por gusanos, creía estar a salvo de que le ocurriese como a aquel Rey del Ponto que el recuerdo de sus lecturas le traía reiteradamente a la memoria.

Pero su jerarquía lo tuvo a buen recaudo de eventuales represalias, si no fuese por dos deslices que cometiera quizás alentado por una pretendida impunidad ante su inagotable e indisimulada irascibilidad.

El primer error lo cometió durante las Invasiones Inglesas, tiempo por el cual no se cuidó de agitar desde el púlpito el parche de la sumisión a los invasores.

Esto fue olvidado tal vez por la euforia del triunfo, más rápidamente que lo que debió serlo; pero producido el movimiento revolucionario de 1810 y algunas reacciones contrarrevolucionarias como la de Córdoba donde Monseñor Orellana después de convicto y condenado recibiera el indulto y posterior restitución a su Diócesis, generó quizás un excesivo creimiento de inmunidad. Cayó envuelto en una evidente conspiración con otros realistas, contra una Junta de Gobierno que no se andaba con vueltas, ya que para un simple ejemplo, había confinado al padre de Remedios Escalada por el solo hecho de adherir a los que procuraban el inmediato independentismo de la Corona.

La suerte estaba echada, y quien lo invitó a un banquete en una solariega quinta de Buenos Aires, que seguramente tuvo a su alcance como libro de cabecera los consejos que Machiavello le diera cuatro siglos antes al Príncipe, y determinada ya su eliminación, crearon el marco adecuado para la misma.

Concurrió el Prelado con su infaltable monaguillo quien estuvo según sus precisas instrucciones escudriñando en la cocina donde se preparaban las vituallas de la recepción.

Fue el mismo ayudante quién le acercó el plato principal a la mesa y también contestó con seña afirmativa cuando el Obispo Benito le preguntase si la había probado previamente. Para mayor abundamiento

le deslizó al oído del clérigo que se había servido del mismo plato que su excelencia.

Monseñor Benito comió y bebió copiosamente y aunque al vino le notó un extraño sabor metálico, su prevención no alcanzaba para tanto.

Terminando la fiesta, y algo indispuerto, el Obispo Benito suponiendo que ello era producto del exceso alimentario, apuró su retorno a la Ciudad.

Ya llegaban a Buenos Aires, y mientras el carromato traqueteaba por esos irregulares caminos de la época, y sintiendo que la vida se le escurría lentamente, le preguntó angustiado al sacristán si también había probado los vinos. Este prestamente, y como si no advirtiese lo que estaba pasando, le contestó muy suelto de cuerpo: "Bien sabe vuesa merced que yo no bebo vino sino solamente agua."